

YUSTE Y LA BUROCRACIA

QUODRÁNSE alabar los de Cuacos que vencieron ellos la paciencia y clemencia del César, lo que no pudieron hacer muy valientes y fuertes enemigos...», dice el Padre Sigüenza en su *«Historia de la Orden de San Jerónimo»*, y pone en boca del propio Carlos I una frase discriminatoria, pues, alabando cómo era atendido en su retiro, se lamentaba de que «...todos lo hacen bien, si no son los de Cuacos, que algunas veces me enojan». A alguien debió parecerle esto una cuchufleta del Emperador, pues éste hubo de insistir: «No, cierto; no lo digo burlando, sino que son descomedidos y se atreven a enojarme».

Como no es éste el único testimonio de tal atrevimiento, hemos de pensar que entre los habitantes del simpático pueblo cacereño no debió caer muy bien la presencia del ilustre jubilado, lo que acaso haya con esa situación de antipatía entre los tataraniños de aquellos descomedidos que se atrevieron a enojar al César y la propia memoria de éste, representada por el Monasterio de Yuste, su última morada terrenal.

Se creó entonces lo que hoy llamaríamos una situación conflictiva, una guerra fría, entre el Emperador y sus ex-súbditos. Y es curioso, como vamos a ver, que tres siglos más tarde nos encontremos de nuevo con esa situación de antipatía entre los tataraniños de aquellos descomedidos que se atrevieron a enojar al César y la propia memoria de éste, representada por el Monasterio de Yuste, su última morada terrenal.

Revolviendo un día antiguos documentos del Archivo del Ministerio de Hacienda, me encontré con un reducido legajo —tan reducido que sólo constaba de dos escritos, contestación uno de otro—, en el cual

queda bien patente esto que digo. Veamos el primero. Está fechado el 4 de Octubre de 1836 en Plasencia y dice lo siguiente:

«Contaduría de Rentas y Arbitrios de Amortización de Plasencia.—»Remito a V. la adjunta exposición de la Just^a y Ayuntam^{to} de Cuacos «en solicitud de q^e se le permita el desmonte del monasterio de Yuste «p^a con el producto de sus materiales atender a las urgencias del Pueblo.—»A primera vista se deja percibir la contradicción en que se halla «esta solicitud con los designios del Gobierno con las r^s ordenes comunicadas sobre el destino que debe darse a los conv^{tos} suprimidos y «hasta con el orn. y dirección q^e debe observarse en esta materia. V.S. «no obstante resolvera lo conveniente.—Dios gue. a V.S. m^s a^s. Plasencia 4 de Octubre de 1836.—Diego Fernández.—Il^{mo} S^r Director «gen^l de Ventas y Arbitrios de Amortización.»

Se desprende de este oficio que los cuaqueños pretendían la demolición —encubierta con el eufemismo del desmonte— de uno de los símbolos en piedra de Extremadura. Y este «desmonte» se pedía para atender las urgencias del Pueblo. Consistían esas urgencias, como vamos a ver a continuación, en la subsistencia de los milicianos nacionales movilizados. ¿Acaso se pretendía que estos milicianos se alimentasen de las venerables piedras del Monasterio? ¿O es que se trataba de proporcionarles unos sueldos por el trabajo del desmonte? Mejor y más beneficioso para todos hubiera sido construir un camino u otra obra de utilidad. No; lo que pasaba es que en el pueblo se conservaba, latente aún, esa animadversión por las cosas del Emperador que nos hace ver el Padre Sigüenza, avivada por el ambiente liberaloide y masónico de aquellos años.

Pero si curiosa es esta supervivencia, no lo es menos, a mi juicio, la reacción oficial ante el desafuero que se pretendía. Ya la Contaduría de Plasencia hace ver, en el oficio que hemos transcrito, la «contradicción» entre lo que se pide y la legislación vigente en la materia. No se escandaliza, eso no; solamente deja la resolución al Organismo superior y hasta parece leerse entre líneas que no vería mal que se accediese a la petición, aunque ello no estuviera muy de acuerdo con las leyes.

¿Cuál es la reacción en la Dirección General de Ventas y Arbitrios de Amortización? ¿Se mesan allí los cabellos; se rasgan las vestiduras; se escandalizan, al menos, ante tan insólita petición? Aunque ahora nos parezca absurdo, no ocurre nada de eso. En la Dirección General de Ventas y Arbitrios de Amortización ni siquiera se inmutan. Recogen la petición, la estudian durante un mes y contestan que el ASUNTO NO ES DE SU COMPETENCIA. Y después la devuelven a su origen para

que lo resuelva quien corresponda. He aquí lo que dice la minuta de la contestación:

«Mon^{tos} y Conv^{tos}.—1836.—Plasencia.—El Cont^{or} de amortz^{on} de Plasencia remite a esta Direccⁿ con oficio de 4 de Octubre un exposición del ayunt^o de Cuacos en solicitud de q^e se le permita la demolición de la Iglesia del suprim^{do} Mon^{rio} de Geronimos de Yuste para con el aprovecham^{to} de los materiales atender a la subsistencia de los milicianos nacionales movilizados.—Mad^d 11 de Nov^{re} 1836.—Mediante hallarse establecida en la Capital de Cáceres la Junta subalterna encarg^{da} de entender en los usos a que deben aplicarse los Conv^{tos} suprimidos, el Ayuntam^{to} de la V^a de Cuacos puede dirigirse a ella p^a el objeto que solicita.—Conforme.—Firma ilegible.—Se remitió al Cont^{or} de Plas^a en 11 de nov^{re} 1836.»

¿Qué decía, en qué paró, a donde fue el escrito de la Justicia y Ayuntamiento de Cuacos? No lo sabemos; como tampoco con qué subsistieron los milicianos nacionales. Acaso en el mes que permaneció en Madrid, los cuaqueños lo pensaron mejor o encontraron otro alimento más nutritivo para sus milicianos. Quizás volvieron a plantear su petición por conducto reglamentario y la Junta Subalterna de Cáceres negara la autorización para el desmonte. Es posible que el escrito se encuentre olvidado por alguno de nuestros archivos provinciales o que, abandonado de la memoria del mundo, haya pasado a mejor vida.

Lo que si es cierto es que, en aquellos momentos, la burocracia, tantas veces con razón vilipendiada y escarnecida, nos evitó, con sus dilaciones, la destrucción del Monasterio de Yuste.

Antonio AVILA VEGA



Manos

Manos, manos en la tarea,

manos en la faena y la labor.

Manos, manos en la alegría,

manos en la limosna y el perdón.

Manos, manos en la esperanza,

manos en el consuelo y la oración.

Manos, manos en la tristeza,

manos en la miseria y el dolor.

Manos, las manos en la arcilla y en el barro.

Alma, el alma siempre en Dios.

Inocencia RODRIGUEZ RUBIO